

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

 Paquete de 30 ejemplares . . . 1'00 pta.
 Suscripción: España un trimestre . . . 1'00 »
 » Extranjero » . . . 1'50 »

AFIRMACION HONROSA

«No hubo en Portugal revolución. Ni hubo ataques heroicos por parte de los republicanos en triunfo, ni hubo resistencias siquiera decorosas por parte de los monárquicos vencidos. Conviene destruir todas las falsas leyendas. Los pocos cadáveres que se recogieron en la Rotunda no pudieron ser identificados. Eran desconocidos. Desde luego no eran portugueses. Yo tengo para mí que esos héroes anónimos, á quien injustamente no se les tributó honores y se les ha dado al olvido, y fueron los que supieron morir por libertar á Portugal. ERAN ANARQUISTAS ESPAÑOLES...»

(Del artículo «Cómo cae un trono», publicado en *El Diluvio* del día 2.)

Lea Emiliano Iglesias, que afirmaba hace pocos días que la revolución de julio no la hicieron los anarquistas ni los socialistas sino el partido radical, y se irá convenciendo de que los anarquistas actuamos en todos los movimientos revolucionarios, hasta en los políticos, para que en su desarrollo lleguen lo más lejos posible.

En Rusia, en Portugal, en España, en el Japón, como en todas partes donde se trabaja por la revolución, los anarquistas prestan su concurso corporal desinteresadamente, no anunciándolo á bombo y platillos, para ocultarse al ver que la cosa va de veras ó ir buscando á los que ejercen alguna influencia para que suspendan el movimiento apenas iniciado.

Se han empeñado los jefes del partido radical en vestirse de revolucionarios, sin darse cuenta siquiera de que la ropa les viene muy ancha.

No negaremos que en el partido radical existen valiosos y entusiastas elementos revolucionarios: es la juventud —exceptuando los limpiabotas de Emiliano Iglesias— que siente ansias de renovación social y se dejó alucinar con las falsas promesas de Lerroux; pero los jefes, los que amparan y protegen á los Casas, Ardid, Iglesias y Bonet, esos no tienen de revolucionarios más que el talento de haber adivinado que la propaganda revolucionaria era un medio para preparar á los puestos en que los políticos se enriquecen.

En cuanto á revolucionarismo, podemos comparar al partido radical con el ejército ruso cuando la guerra ruso-japonesa, del que se dijo que era un ejército de leones dirigido por asnos.

Y aun la casi totalidad del elemento joven del partido radical no es republicano, y el día que se dé cuenta del engaño de que son víctimas, le abandonarán para ingresar en las filas sinceramente revolucionarias.

Por eso nosotros tenemos interés en demostrar que se acabó el tiempo de las revoluciones políticas; en primer lugar porque los políticos no quieren la revolución más que para explotarla, pero no para llevarla á efecto. Si en Portugal hubieran esperado á que la revolución triunfara por el esfuerzo de los republicanos, aun dominarían los Braganzas.

Fueron los trabajadores que, ansiosos de emanciparse, se lanzaron á la lucha. Por eso les excitábamos en nuestros números anteriores á que no se preocuparan de si la república se consolidaba ó no; pues esto era secundario para el mejoramiento del proletariado, que lo mismo con república que con monarquía siempre tendrá como enemigo al capital.

Los obreros van acercándose á la realidad y por eso ayudarán á la revolución. Véanse los siguientes párrafos del artículo citado:

«En el fondo de ese movimiento revolucionario portugués, que se venía incubando desde hace mucho tiempo, desde que se produjo, no la crisis política, sino la crisis económica, no hubo más que el desasosiego, la desesperación, la irritabilidad agresiva de la masa trabajadora explotada y hambrienta. Escritores y oradores de la cepa republicana no hicieron más que inflamar esas cóleras para utilizarlas en el propio provecho. Prueba de ello es que ahora, con las huelgas frecuentes, con ciertas hostilidades y resistencias, en los bajos fondos sociales se ha visto que el espíritu revolucionario no ha desarmado en Portugal, porque el ideal no está aún realizado. No se buscaba un cambio inútil de régimen político, sino una transformación completa del estado social; no se anhelaba más libertades para soñar, sino mejores condiciones para vivir.

El malestar material es el único gran factor revolucionario. Es el que ha producido las grandes convulsiones, la de Inglaterra

según Macaulay, la de Francia al decir de Taine y Kropotkin. Hay que acordarse de los hambrientos capitaneados por el tejero Wat Tyler, sembrando el espanto en la Gran Bretaña, y de aquellos campesinos familiares que asaltaron el Trianon, el coquetito retirado de María Antonieta, llevando en triunfo en lo alto de una pica la cabeza del jefe de la guardia regia y paseándola entre aclamaciones por las calles de Versalles. *Les jacques!*...»

Ya saben los jefes de partido que no dicen verdad cuando afirman que ellos traerán la revolución.

No; las revoluciones no las harán los jefes políticos, ni siquiera los partidos: las hará el pueblo y su mayor empuje lo recibirá de los que abominan de la política, de los anarquistas, que en las revoluciones son «los héroes anónimos, á quienes se les olvida después del triunfo y que supieron morir por libertar á Portugal».

Soy la Acción

Sin mí, las concepciones del cerebro humano serian unos cuantos fósforos humedecidos en una cerillera mohosa.

Sin mí, el fuego no habria calentado el hogar de los hombres, ni el vapor habria lanzado sobre dos líneas de acero la rápida locomotora.

Sin mí, la casa del hombre seria el bosque ó la caverna.

Sin mí, las estrellas y los soles serian todavía los parches brillantes que Jehová pegó al firmamento para deleite de las pupilas de su pueblo.

Sin mí, Colón hubiera sido un loco, Bernardo Pallisy un demente, Keplero, Copérnico, Newton, Galileo y Giordano Bruno, embusteros; Fulton, Franklin, Roentgen, Montgolfier, Marconi, Edison y Pasteur, soñadores.

Sin mí, la rebeldía de las conciencias seria una nube de humo encerrada en el hueco de una nuez, y las ansias de libertad, los aleteos inútiles de un águila encadenada y presa.

Sin mí, todas las aspiraciones y los ideales rodarian en la mente de los hombres como hojarasca arremolinada por el viento.

El Progreso y la Libertad, no pueden ser sin mí.

Soy la Acción.

PRAXEDIS G. GUERRERO

Muerto recientemente en Méjico, en la jornada de Janos, en defensa de la libertad.

La Anarquía

II

Las ideas anarquistas en casa
los ancianos; en la Edad Media

(Proudhon-Stirner)

Los movimientos populares de un carácter anarquista no pueden faltar de encontrar algún eco en la literatura escrita. En efecto, nosotros hemos encontrado un eco de ideas anarquistas en algunos filósofos de la antigüedad, notablemente en Lao-tse, en China y en algunos de los más antiguos filósofos griegos, tales como Aristipie y los Cínicos, como también Zenón y ciertos Stoicos. Sin embargo, puesto que el espíritu anarquista toma su origen esencialmente en las masas, y no en el seno de la pequeña aristocracia de sabios y que éstos sienten poca simpatía por los movimientos populares, los pensadores no buscan generalmente separar la idea profunda que inspiran esos movimientos. En todo tiempo los filósofos y los sabios prefirieron favorecer las tendencias gubernamentales y el espíritu de disciplina jerárquico. Desde el amanecer de las ciencias, el arte de gobernar fué su estudio predilecto y es por lo que no debe extrañarse que los filósofos de tendencias anarquistas fuesen tan raros.

Sin embargo, el estoico griego Zenón estuvo claro. Predica la comunidad libre sin gobierno y lo opone á la utopía gubernamental, la República de Platón. Zenón indicaba el instinto de sociabilidad de la naturaleza, que según él debía desarrollarse en oposición al instinto egoísta de preservación del individuo. El prevé un tiempo donde los hombres se unirán por encima de las fronteras y constituirán el «Cosmos», el Universo, no teniendo necesidad de leyes, ni de tribunales, ni de templos, ni de moneda para cambiar entre ellos sus servicios. Sus expresiones mismas se parecen de una ma-

nera chocante á las que emplean hoy los anarquistas (1).

El obispo de Albe, Marco Girolamo Vida, profesaba en 1553 ideas parecidas contra el Estado, contra sus leyes y su «suprema injusticia» (2). Se encuentran también las mismas ideas en los Hussites (sobre todo en los Chojceki, en el siglo XVI), y los primeros Anabaptistas, también sus predecesores del siglo noveno, los Racionalistas en Armenia.

Rabelais en la primera mitad del siglo XVI, Fénelon hacia el fin del mismo siglo, y sobre todo el enciclopedista Diderot, en la segunda mitad del siglo XVIII, desarrollan las mismas ideas que encontramos, nosotros acabamos de decirlo, algunas aplicaciones prácticas durante la Gran Revolución.

Pero ese fué el inglés William Godwin, que expone el primero en 1793 en su *Informe concerniente á la justicia política*, los principios políticos y económicos de la Anarquía. El no emplea la frase *anarquía*, pero expone muy bien los principios, atacando las leyes y probando la inutilidad del Estado y diciendo que es solamente con la abolición de los tribunales que se llegará á establecer la verdadera justicia, el único fundamento real de toda sociedad. En eso, que concierne á la propiedad, él pide directamente el comunismo (3).

Proudhon fué el primero en emplear la frase anarquía (punto de Gobierno), y á someter á una crítica severa los esfuerzos inútiles de los hombres, de darse un gobierno que puede prevenir á los ricos de dominar á los pobres y, al mismo tiempo, continuar la inspección sobre los gobernados. Las tentativas inútiles hechas en Francia después de 1793, para darse una Constitución que respondiera á este objeto y el fracaso de la Revolución de 1848, le ofrecieron, como se sabe, ricos datos para esta crítica.

Enemigo de todas las formas de socialismo de Estado de los que los comunistas de esta época (los años 30 y 40 del siglo XIX), representan una simple fracción, Proudhon crítica con fuerza todos los planes de revolución en ese sentido. Y tomando por base el sistema de «bonos de trabajo», propuesto por Robert Owen, él desarrolla la concepción del «mutualismo», que hará inútil toda suerte de gobierno político.

El valor de cambio de todas las mercancías puede estar medido, decía él, por la cantidad de trabajo necesario en la sociedad para producir cada mercancía; todos los cambios podrán estar hechos por la intermediación de una Banca nacional, que aceptará en pago los bonos de trabajo. Un Clearing House (4), como tienen hoy todas las Bancas, establecería día por día la balanza de las entradas y de los pagos á hacer entre todas las ramas de la Banca nacional.

Los servicios cambiados de esta forma entre las diversas personas, serian *equivalentes*. En otra, la Banca nacional entraría en condición de prestar á las asociaciones de productores las sumas necesarias para su producción, no en moneda sino en bonos de trabajo, y esos préstamos serian sin interés, puesto que sufriría pagar por año el uno por ciento, ó acaso menos de la suma prestada para cubrir los gastos de administración. En esas condiciones los préstamos sin interés, el capital pierde su carácter pernicioso: no podrá estar más usado como instrumento de explotación.

Proudhon da amplios desarrollos á su sistema mutualista para confirmar sus ideas antigubernamentales y antiestatistas.

Pero es necesario decir que la parte mutualista de su programa habia sido ya desarrollado en Inglaterra por William Thompson (que fué un mutualista antes de ser comunista), y los continuadores ingleses de Thompson—John Gray (1825-1831), y J. T. Bray (1839).

En los Estados Unidos la misma tendencia fué representada por Jostah Warren que, después de haber hecho parte de la colonia New Harmony (5) de Robert Owen, se vuelve contra el comunismo y funda en 1827 en Cincinnati un depósito (store), donde los productos se cambian sobre la base del valor medido por las horas de trabajo de *labour cheques*, es decir de «bonos de trabajo». De parecidas instituciones existían todavía en 1865, sobre el nombre de *Equity Stores*,

Equity Village y *House Equity*. (Depósitos: Villages, casas de Equidad.)

Las mismas ideas de medida del valor por la cantidad de trabajo requerido para producir cada cosa, y de cambio basado en la cantidad de trabajo, fueron propagadas en Alemania en 1843 y 1845, por Moses Hess y Karl Grün, y en Suiza por Wilnelm Marr, que combatían también las enseñanzas comunistas autoritarias de Weitling (descendientes ellos también de Babouvistas franceses).

De otra parte, también en oposición al comunismo extremadamente autoritario de Weitling, que encuentra un gran número de adhesiones entre los obreros alemanes, un Hegelien alemán, Max Stirner (Johann Kaspar Schmidt es su verdadero nombre), hizo aparecer en 1845 una obra («El único y su propiedad»), que fué vuelta á descubrir, por decirlo así, algunos años después por J. H. Mackay é hizo mucho ruido en los centros anarquistas, donde fué considerado como una suerte de manifiesto de los anarquistas individualistas.

La obra de Stirner es una revolución contra el Estado y contra la nueva tiranía que sería impuesta si los comunistas autoritarios consiguieran introducirse. Razonando en verdadero metafísico de la escuela de Hegel, Stirner predica la rehabilitación del «Yo» y la «Supremacía» del individuo y llega á predicar también la «A-moral» (1) (punto de moral) y la «Asociación de los Egoístas».

Sin embargo es evidente — como lo han hecho resaltar los escritores anarquistas y recientemente todavía el profesor francés V. Bosch, en su interesante obra «El individualismo anarquista: Marx Stirner» (París 1904) — que esta suerte de individualismo reclamando el completo desarrollo, no para todos los miembros de la sociedad, sino solamente por aquellos que serian considerados como los más públicos, sin pensar en el desarrollo de todos, no es más que una vuelta disfrazada hacia el monopolio de la educación que existe hoy para el pequeño número de burgueses. Es un «derecho al desenvolvimiento integral» para una minoría de privilegiados.

Pero un monopolio parecido no podría estar sostenido sin que fuese protegido por una legislación monopolista, por la coerción organizada en el Estado, lo que hace que las reclamaciones de esos individualistas los conduzcan necesariamente á una vuelta hacia el Estado y la autoridad que ellos mismos han bien criticado. Su posición es también la misma que la de Spencer ó de la escuela de los economistas conocida con el nombre de escuela de Manchester, que ellos también empiezan por una crítica severa del Estado, pero acaban por reconocer en pleno sus funciones para mantener el monopolio de la propiedad, de la que el Estado es siempre el mejor protector.

PEDRO KROPOTKINE

(Continuará)

A Emilio Junoy

Procuraré no poner apasionamiento en ciertos extremos de este artículo para no empañar la nitidez de lo que me propongo demostrar. Quiero presentar, apoyado en las propias palabras de Emiliano Iglesias, la comprobación absoluta de que declaró en contra de Ferrer. Así es que prescindiré de los cargos que se han hecho, con motivo del proceso de éste, á los radicales Lorenzo Ardid, Jiménez Moya y Domingo Casas, acusados también públicamente de delatores. No me fundamentaré en la carta que mandó Ferrer á Carlos Malato, en la que le decía que únicamente podían estar interesados en su condena ó los clericales ó los *lerrouxistas*, según afirma Normandy en su libro; tampoco glosaré la carta en que Ferrer, escribiendo á sus deudos desde la cárcel, les decía que le fusilarían por las palabras de cuatro radicales, ni tomaré por base las manifestaciones del capitán de ingenieros señor Galcerán, defensor de Ferrer, hechas en pleno Consejo de Guerra, en las cuales se afirma que las declaraciones de los radicales perjudicaron á Ferrer. He de circunscribirme, pues, estrictamente, á la declaración prestada por Emiliano Iglesias, el cual ha sido puesto en buen lugar hace unos días por el señor Junoy.

Sentado esto, sólo me resta decir, antes de entrar en materia, que no deseo más sino que estas líneas lleven al cerebro de todos los que las lean, sean ó no anarquistas, sabios ó analfabetos, el convencimiento clarí-

(1) Véase sobre Zenón la obra del profesor Adler sobre el socialismo. También mi artículo «Anarquía», en la *Enciclopedia Británica*, 11 edición.

(2) Dr. E. Nys.

(3) Se encuentra esto en la primera edición en 1793, en el segundo volumen en 1827. En la segunda edición hecha en 1796 en dos volúmenes en 8.º después de las persecuciones que fueron dirigidas por el Gobierno contra sus amigos y asociados republicanos, suprime sus vistas comunistas y mitiga lo que habia escrito contra el Estado y contra el Gobierno.

(4) Casa de arreglo ó de justificación.—N. del T.

(5) Nueva Harmonía.—N. del T.

(1) No moral.—N. del T.